

GORBACHOV NO ES DE LA MANCHA

Abdel M. Fuenmayor P.

«En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo que vivía un hidalgo...»

(CERVANTES: El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha).

A todo aquel que quiera pensar un poco y no se deje impresionar por la fanfarria ideológica desatada en torno al asunto, deben causarle extrañeza y hasta asombro los sucesos que marcaron la desintegración de la Unión Soviética. Si se miran estos sucesos sin el deslumbramiento de la propaganda dirigida desde los centros de poder, lo que ocurrió en unos cuantos meses en la gran República Socialista Soviética parece cosa surgida de la imaginación de un John Le Carré o de un Alfred Hitchcock. ¿Cómo ha sido posible que en tan escaso tiempo y casi sin convulsiones políticas o sociales, plácidamente y sin tropiezos, se haya derrumbado todo un imperio de 380 millones de almas, forjado con grandes esfuerzos en siglos de historia, a través de luchas incontables, de sangre y fuego, de dolor y exterminio, de innumerables vicisitudes, de avances y retrocesos, y de un lento amasar de credos y sistemas de

valores, de re-estructuraciones sociales y de organización del poder? ¿Qué misterio encierra la personalidad de los pocos hombres que desde lo alto de ese poder parecen haber sido los autores de tan portentosos cambios? ¿Cómo explicar este amasijo de contradicciones y desatinos del fracasado «golpe de Estado» y la expedita disolución del hasta ayer todo poderoso partido comunista soviético? A cualquiera que piense, insisto, no debieran resultarle satisfactorias las explicaciones simples y sobadas que se ofrecen lo más a menudo acerca de estos sucesos, las cuales dan por asentadas la superioridad del sistema capitalista y la firme e irreversible decisión de todos los pueblos del planeta en pro de la libertad y de la democracia al estilo occidental. En los profundos cambios políticos ocurridos de poco tiempo a esta fecha en la ex-Unión Soviética, valga decirlo claramente y desde ahora, el pueblo ha sido, en lo esencial, un espectador, un elemento pasivo. Las transformaciones han venido, como ya lo expresamos, desde las alturas del poder. En cuanto a la pretendida superioridad de un sistema sobre el otro, la afirmación no tiene sentido mientras no se defina qué se entiende por superioridad. Si para luchar por la comida y el espacio vital se encierran en una jaula a un hombre desarmado (así sea éste el Rambo norteamericano) y a un gorila, este último dará buena cuenta del primero en un abrir y cerrar de ojos. ¿Probaría ello la superioridad del gorila sobre el hombre?

El análisis de toda la situación es, sin duda, muy complejo y amerita considerable reflexión y exposición detallada. Concreto este artículo a ciertos aspectos de la personalidad de los gestores o principales responsables de cambios tan extraordinarios. Cabría cuestionar tal modo de tratar el tema. Habrá quien piense que lo importante no es la personalidad de los personajes ni lo son sus motivaciones, sino el producto de su obra. No comparto este punto de vista: entender un fenómeno histórico significa explicar sus causas o los factores probables de su ocurrencia. Penetrar en la personalidad de los agentes principales de la actuación es acercarse al entendimiento de la época, y con él, al esclarecimiento del

sucedier. No trato de efectuar un estudio psicológico de esos personajes. Lo que quiero es —como ayuda a la comprensión— destacar ciertos aspectos epocales que moldean los sujetos de la historia.

Por lo que hasta ahora se ve, aparece como principal figura de los sucesos en la ex-URSS la de Mijael Gorbachov, quien fue máximo dirigente de ese inmenso país hasta el comienzo de su disolución. Ulteriormente, y en buena parte como consecuencia de la política seguida por Gorbachov, surge Boris Yeltsin, como una especie de émulo del primero. Ya esto constituye un síntoma de algo insólito en la historia de la URSS: un dirigente político disputa públicamente con otro por la supremacía del poder. Pero, en este caso, las diferencias no son de fondo, sino que expresan, más bien, rivalidades personales, lucha por el poder.

El otro punto que debe mencionarse es el de la reacción de gobiernos, diarios y otros medios de difusión en el mundo occidental y en un gran número de países del Tercer Mundo, satélites del capitalismo internacional. Esta reacción se caracterizó principalmente por el elogio a Gorbachov; por el aplauso a su obra; por la elevación del personaje, el cual vio así crecer su prestigio y popularidad como no había ocurrido antes con ningún mandatario soviético, e incluso, como pocas veces había sucedido con personajes políticos del mundo occidental contemporáneo. Gorbachov, en muy poco tiempo, se convirtió en «el hombre del año», en el sujeto de moda, en el líder más aplaudido y festejado del mundo. Ya esta reacción, por muy amañada que pudiera estar por motivos ideológicos y propagandísticos, deja entrever que el mandatario soviético representó una especie de aspiración, un arquetipo de la sociedad occidental capitalista, o, cuando menos, de sus grupos dominantes. Gorbachov encarna la razón instrumental, la que se pone al servicio de la «optimización» de la economía y al de la conducción política que la estimula. Pero esta razón no es la que esclarece fines, sino la que partiendo de un axioma no discutido —

el de la necesidad, conveniencia e inevitabilidad del progreso, identificado éste con el crecimiento económico— busca deliberadamente los medios más apropiados para lograr dicho progreso. Que sea el progreso, por qué es progreso y qué significa para la humanidad en su conjunto, no parecen cosas que preocupen a este hombre paradigmático. Gorbachov es el hombre calculador que estuvo imbuido de la importancia de su misión de llevar a Rusia, que no a la Unión Soviética, a la contemporaneidad del desarrollo post-industrial; es decir, de convertir a Rusia en una potencia económica, capitalista, democrática y liberal. ¿Cuál pueda ser el precio que hay que pagar por esta empresa? Tampoco inquietó mayormente este crucial aspecto al connotado dirigente. El auge de la criminalidad, de la prostitución, de la homosexualidad, de la vulgaridad, de la corrupción política y de la pobreza que se vuelve extrema en grupos débiles de la población, todo lo cual es hoy moneda corriente en la ex-Unión Soviética y en otras naciones de la Europa Occidental, son, en buena medida, consecuencias directas de los cambios que se están viviendo en estos países. Todo parece indicar que este proceso de descomposición social aumentará en un futuro próximo.

Ahora bien, ¿cómo explicar que quien provoca y dirige el cambio de la Unión Soviética hacia el capitalismo privado y la disgregación multinacional fue, hasta ayer, un personaje que desde su juventud hizo carrera política en las filas del partido comunista? ¿Es posible que un hombre que ha luchado durante décadas por la permanencia, la extensión y el afianzamiento del socialismo frente al sistema rival capitalista pueda, sin más, en un momento, arrojar por la borda ideas e ideales, proyectos, gestas y un destino, trazados y conducidos por toda una existencia de actividad política en altas esferas y dentro de una determinada visión del mundo? ¿Es que este hombre llegó al máximo nivel del poder maniobrando secretamente para lanzar la sorpresa de su desacuerdo —amasado en silencio— con el sistema? Y si es así, ¿cuánto engaño, cuánta hipocresía tendría que haber desplegado

en tantos años de esfuerzos por escalar la cumbre de ese poder, escalada que no puede imaginarse sin una constante profesión de fe socialista? Incluso cuando las decisiones políticas y económicas que venía tomando hablaban a cuatro vientos de lo contrario, Gorbachov afirmaba su robusta fe en el socialismo. Todavía a pocas horas del frustrado golpe de estado defiende su credo socialista, para muy poco después decretar, con el pretexto de conspiración contra su política, la disolución del partido comunista, como si una iglesia pudiese ser confundida con sus obispos o una religión o ideología con algunos de sus adeptos de hoy. ¿Dónde están esa fe y ese credo socialistas de que hacía gala Gorbachov ahora que su estrella, fugaz como un meteoro, parece haberse eclipsado sin pena ni gloria?

Gorbachov y Yeltsin son hombres occidentales contemporáneos, ganados por el espíritu de la cultura industrial dominante y por sus valores fundamentales. Esa cultura es la cultura liberal: la que persigue la riqueza como bien supremo; la que sitúa al individuo por encima de la sociedad y como cúspide del Universo; la que venera el éxito personal medido por las ventajas y el prestigio que otorga el poder, o por la posesión de bienes materiales (poder y riqueza van siempre de la mano); la que considera que el mejor de los mundos sólo puede alcanzarse permitiendo el juego de la competencia y el imperio de la ley del más fuerte; la que tiene como meta el constante e indefinido aumento de la producción y del consumo; la cultura de la acumulación y la de la estratificación social, determinada ésta según las cuentas bancarias. Gorbachov y Yeltsin, como hombres pragmáticos, no se llaman a engaño. Son hombres del día que se dan maña para ir con los tiempos. Se percataron de que la cultura industrial capitalista es la más dinámica, la que permite una manipulación más fácil de las colectividades, la que se impone en el mundo sobre otras culturas que no poseen sus características más salientes. Gorbachov y Yeltsin sabían que el socialismo no resistiría los embates de Michael Jackson, los de Madona y los del rock, y que en el ánimo

de la mujer rusa de la clase dirigente de hoy valdría más un collar de diamantes en su cuello que la suerte de los pobres indios del Perú o de Bolivia. Gorbachov y Yeltsin representan la imagen opuesta a la del Che Guevara, quien renunció al poder, a la comodidad y a la vida fácil para ir a morir en las solitarias punas bolivianas persiguiendo un ideal de justicia. El Che Guevara pertenece a una generación de románticos ya en vías de desaparición. Fue, como fueron Carlos Marx y Bolívar, hombre de la utopía y del sueño. Sueños de justicia para la humanidad entera, de transformación del hombre para alejarlo de la fiera. Equivocados o no, estos hombres de ideales pasaron por este mundo como Don Quijote, rompiendo lanzas contra engendros y endriagos para deshacer entuertos. Fueron caballeros de los de lanza en ristre en un mundo que desdeña el honor y la gloria; fueron los inadaptados de la historia que prefirieron la muerte antes que rendir armas. Don Quijote era de la Mancha. Gorbachov, el hombre del lunar, el hombre de la mancha, no es de La Mancha.

NOTA: La Mancha (del árabe, *manza*, que significa tierra seca) es una región estepárea de la meseta española (Castilla la Nueva), donde abundan los molinos de viento con los cuales se extrae agua del subsuelo. En esta región ubica Cervantes el origen de su célebre héroe, Don Quijote, y la acción de la primera parte de su inmortal obra literaria. En la lengua española, el sustantivo común *mancha* (del latín, *macula*), significa —en sus dos primeras acepciones— señal que una cosa hace en un cuerpo ensuciándolo; parte de alguna cosa con distinto color del general o dominante en ella. En este sentido, la palabra designa un lunar, como el que tiene Gorbachov en la frente.